

vez, tres grados: el propio de los bienaventurados, el que corresponde a los ángeles y el del alma de Cristo.

En consecuencia —concluye el A.— “para Abelardo y sus discípulos, el conocimiento del alma de Cristo es sinónimo de contemplación beatífica; pero no se identifica con la visión comprensiva de la divinidad, entendida como la noción que Dios tiene de sí mismo (...). La sabiduría del alma de Cristo es distinta del conocimiento divino e inferior a él” (p. 177).

Tampoco los escritos de Gilberto Porretano († 1154), como antes los de Abelardo, no enseñan nada sobre la cuestión de la sabiduría del alma de Cristo. Sin embargo, de las afirmaciones de sus discípulos podemos deducir, que reconocen a Cristo hombre un saber propio, que no es inferior, sino *equivalente* a la sabiduría increada, en cuanto al objeto y a la penetración cognoscitiva. Esta será, pues, una tercera posición que se alinea junto a la corriente Laon-San Víctor y al parecer de los abelardianos.

La espiritualidad monacal, en contraste con las escuelas de su época, parece que no excluyó totalmente la tesis de un progreso sapiencial efectivo en la inteligencia del hombre asumido. San Bernardo, por ejemplo, afirmaba que “Cristo no aprendía algo nuevo; experimentaba sólo, en cuanto hombre, algo que ya conocía, en cuanto Dios, desde la eternidad” (p. 139). Hay, pues, en Cristo un *nuevo saber*, que no significa paso de la ignorancia al conocimiento, sino tránsito de un modo de conocer a otro distinto.

En las conclusiones generales, el A, resume de forma quizá demasiado condensada los resultados de su trabajo que contrapone esquemáticamente a la opinión de Santo Tomás. Y termina sugiriendo algunas nuevas líneas de investigación.

A grandes rasgos, puede afirmarse que el mérito más sobresaliente de esta monografía es, sin lugar a dudas, el rigor metodológico y la riqueza del aparato crítico aportado. También resulta reconfortante comprobar que algunos especialistas de habla hispana se interesan, por cuestiones de alta investigación, paralelas a las que se cultivan allende de las fronteras. La edición es muy pulcra; apenas existen errores tipográficos.

No obstante, nos parece que por ser demasiado escueta la monografía y, además, como consecuencia del método histórico-crítico empleado, la lectura resulta en ocasiones innecesariamente difícil. Asimismo, hemos echado en falta una exposición clara de la doctrina católica sobre las prerrogativas del entendimiento humano de Cristo, que, por contraste, hubiera contribuido a iluminar los esfuerzos titubeantes de los teólogos del siglo XII (temas de la visión beatífica en Cristo, su ciencia humana y su ciencia adquirida).

JOSE IGNACIO SARANYANA

J. H. NICOLAS, O.P., *Les profondeurs de la grâce*, Beauchesne, Paris 1969, 570 pp.

“Le mot grâce peut résumer tout le christianisme”, escribe el p. Nicolas al comienzo de su obra (p. 5), revelándonos con esa frase la inten-

ción que la dirige: contribuir a dar a la palabra gracia la plenitud de su sentido, hacerla ver como el don por el que Dios se acerca a los hombres para comunicarles su vida y elevarlos hasta El. De ahí deriva una amplia reflexión estructurada en tres partes: la vida de gracia, la gracia y el pecado, las fuentes de la gracia. El presente volumen comprende la primera de esas partes; la segunda y la tercera constituirán un segundo tomo aún no publicado.

El estudio de J. H. Nicolas se inicia con un capítulo preliminar, que resume los datos bíblicos y tradicionales sobre el misterio de la gracia. A partir de ahí se inicia la reflexión propiamente dicha, que comienza ocupándose de lo que constituye el núcleo mismo del misterio de la divinización: el don que Dios hace de Sí mismo a los hombres (cap. 1.º). ¿Qué significa la frase: Dios se da?, ¿qué sentido puede atribuirse a la acción de "darse" cuando se está hablando de Dios?: tales son las preguntas con las que se enfrenta. Después de rechazar la doctrina de M. de la Taille y de K. Rahner sobre la causalidad quasi-formal, Nicolas concluye afirmando que, para Dios, darse equivale a cambiar a la criatura de tal manera que la eleve hasta El: Dios se da dando su gracia. Hay pues que atribuir una primacía absoluta al don increado, pero precisamente por eso es necesario reconocer la centralidad de la gracia creada como don que dispone al hombre para que Dios se le pueda comunicar como objeto de su conocimiento y de su amor. Su postura, tanto aquí como sobre todo en capítulos posteriores al tratar de la inhabitación de la Trinidad en el hombre justificado, se sitúa en la línea de Juan de Santo Tomás y de A. Gardeil.

La comunicación de Dios al hombre se realiza en Cristo Jesús: tal es el tema del segundo capítulo, en el que son estudiadas la gracia de Cristo, la gracia del cristiano en cuanto crística y la dimensión eclesiológica de la gracia. A lo largo de estas páginas se percibe el eco de los estudios bíblicos sobre esos temas, y se trasparenta una clara intención de responder a las observaciones hechas por diferentes autores acerca del "aislamiento" del *de Trinitate*. Si bien no llega a esbozar una doctrina muy elaborada sobre esos puntos, la centralidad del misterio de la Encarnación en la actual economía de la gracia queda fuertemente subrayada.

La idea de don de Dios, con la que se define la gracia, connota el sujeto a quien ese don es hecho: el hombre situado ante lo sobrenatural. Ninguna teología sobre la gracia puede en nuestros días formularse sin una toma de posición con respecto al tema de lo natural y lo sobrenatural; consciente de ello, Nicolas dedica a esta cuestión el capítulo tercero de su libro, retomando el planteamiento tal y como quedó definido después de la polémica suscitada por *Surnaturel* de H. de Lubac. Gratuidad de lo sobrenatural, posibilidad del estado de naturaleza pura, carácter obediencial de la potencia del hombre para la elevación son tres puntos que nuestro autor mantiene netamente; hay un aspecto sin embargo, del intento de De Lubac que comparte y ve con simpatía: la crítica al "extrinsecismo" y a toda presentación de la gracia que lleve a imaginar lo natural y lo sobrenatural como dos entidades yuxtapuestas. De ahí que evite hablar de "une double fina-

lité de la nature spirituelle”, que atribuya una gran importancia al tema de la capacidad (pasiva) para la elevación, que insiste en que el fin natural no subsiste de hecho como fin último sino “comme comprise dans la fin dernière”, etc.

Precisado así el carácter del don divino y su gratuidad, Nicolás pasa a analizarlo más en detalle, estudiando la imagen de Dios, la adopción de hijos, la presencia de la Trinidad en el hombre justificado (capítulo 4.º), y considerando la justificación y el mérito en cuanto etapas del tránsito desde la pertenencia inicial u ordenación al Cuerpo de Cristo a la pertenencia personal, y desde la incoación de ésta en la tierra a su plenitud en la gloria (capítulo 5.º). De las páginas dedicadas a estudiar el tema de la justificación, tal vez se pueda llamar la atención sobre aquellas en las que analiza las que llama formas atípicas de la justificación, por contraposición a la forma típica que es la que tiene lugar en la fe y el sacramento del bautismo: la situación del incrédulo, el bautismo de los niños, la muerte de los niños no bautizados, son los casos que examina. Una misma preocupación se refleja en todas las perspectivas que plantea: poner de relieve la voluntad salvífica universal de Dios y subrayar al mismo tiempo que nadie se salva si no es en virtud de la acción de Dios en él, ya que ser hombre y ser cristiano no son expresiones equivalentes.

El resumen que hemos hecho deja constancia de los diversos temas tratados por Nicolás; confiamos en que refleje además el espíritu con que está escrito el libro. Es en suma una obra de neta y clara inspiración tomista, que aborda con simpatía la problemática reciente, con la intención de assimilar los elementos positivos que de ella derivan. Lo que Nicolás nos ofrece es pues una exposición de la doctrina tradicional, que es reconsiderada teniendo presente los problemas y teorías modernas, a fin de llegar a una intelección más honda de las verdades que aquella doctrina contiene y de poner de manifiesto la fuerza y el valor de sus posiciones. Por eso —y aparte de que se puedan compartir o no sus afirmaciones o se eche de menos en ocasiones un mayor esfuerzo de construcción especulativa constituye una lectura útil para todo el que se ocupe de las cuestiones sobre la gracia.

JOSÉ LUIS ILLANES

VARIOS AUTORES, BAJO LA DIRECCION DEL PROF. JOSEPH COPPENS, *Sacerdocio y celibato*, Madrid, (BAC), 1971, 603 pp.

De la aparición de esta obra, que constituye el volumen 18 de la “Bibliotheca Ephemeridarum Theologicarum Lovaniensium”, tuvo noticias inmediatamente el gran público por los comentarios de la prensa acupada de las cuestiones a tratar en el Sínodo de Obispos celebrado el pasado otoño. Este hecho revela que *Sacerdocio y celibato*, a pesar de tocar un tema muy manoseado por la literatura postconciliar, entrañaba alguna novedad y que no estaba exenta de cierta importancia. En efecto, se trataba de un volumen considerable —603 páginas—, que